La biblioteca de mi abuela

Me llamo Lucas y mi abuela tiene la bibliioteca más extraña del mundo. No está en ningún pueblo ni en ninguna ciudad. Tampoco aparece en los mapas. Yo la descubrí una tarde de verano mientras merendábamos galletas con chocolate en su cocina.

Aquella tarde mi abuela me preguntó tres veces cómo me llamaba. La primera vez me hizo gracia. La segunda me sorprendió y la tercera me dio un poco de miedo.

Cuando llegue a casa le pregunte a mi madre qué le pasaba. Ella me abrazó y me explicó que una enfermedad llamada alzhéimer estaba borrando algunos recuerdos de su cabeza.

Aquella noche no pude casi dormir. Soñé que entraba en una inmensa biblioteca. Había miles de estanterías repletas de libros. En cada lomo aparecía escrito un recuerdo.

" Mi primer día de escuela".
" Las vacaciones en el mar".
" Mi boda".
" El nacimiento de mi hija".



Mientras caminaba por los pasillos, vi a mi abuela recorriendo las estanterías. Buscaba algunos libros, pero no conseguía encontrarlos.



De repente uno cayó al suelo y desapareció. Después desapareció otro. Y luego otro más.

Corrí hacia ella.

– Abuela, ¿Qué está pasando?

Ella me sonrió.

– Algunos libros se están perdiendo.

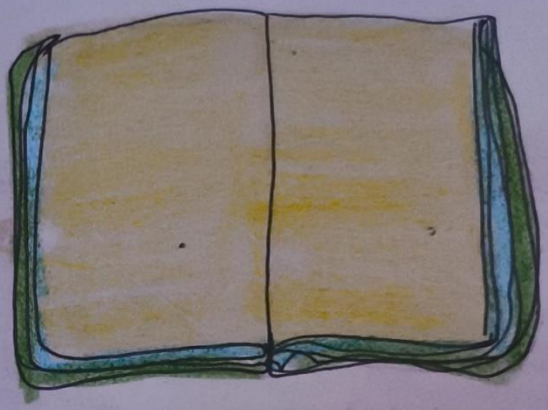
Sentí un nudo en la garganta.



Durante los días siguientes seguí visitando aquella biblioteca en mis sueños. Cada noche faltaban más libros. Sin embargo, una noche descubrí algo extraño. En una mesa había libros completamente nuevos.



Los abrí.
El primero contaba cómo habíamos preparado una tarta juntos.
El segundo hablaba de una tarde jugando al parchís.
El tercero relataba un paseo por el parque.
- ¿Quién ha escrito estos libros? - pregunté.
Mi abuela me guiñó un ojo.
- Tú.
No entendí la respuesta.
Hasta que desperté.
Al día siguiente fui a visitarla.
Llevé fotos, dibujos y una libreta vacía.
Pasamos toda la tarde juntos.
Escribimos historias.
Pegamos fotografías.
Dibujamos flores.
Reímos mucho.





Cuando regresé a casa comprendí algo importante.
Tal vez algunos libros de la biblioteca de mi abuela se estaban perdiendo.
Pero todavía podíamos escribir otros.
Desde entonces, cada vez que ella olvida algo, no me pongo triste.
Simplemente abro una página en blanco.
Porque he descubierto que los recuerdos más importantes no son los que se guardan.
Son los que seguimos creando juntos.



FIN